



LAS TRES PULSERAS

por Eklo Labella



CRÉDITOS Y OTRA INFORMACIÓN

Las Tres Pulseras
©2021, Cklo Labella

Primera edición:
abril de 2021

Revisión de estilo:
Cklo Labella e Hidalgo Erenas

Maquetación y corrección ortotipográfica:
Hidalga Erenás

Ilustración de la cubierta:
Cklo Labella

Diseño y maquetación de la cubierta:
Hidalga Erenas

**Diseño de los distintos logotipos e isotipos de
Las Tres Pulseras y Attannur:**
Hidalga Erenas

Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, así como el tratamiento, modificación, alquiler o cualquier otra forma de cesión con ánimo de lucro, sin el consentimiento y autorización expreso de los titulares de la propiedad intelectual de esta obra.

Para más información:
attannur.com
contacto@attannur.com



PULSERA LAS TRES
por CKLO LABELLA



CAPÍTULOS DE MUESTRA
PROHIBIDA SU VENTA

primera edición, abril de 2021

attannur
www.attannur.com



Prefacio

Apreciado lector o lectora, estás ante una novela juvenil que, aunque parezca histórica, no lo es.

Si bien es cierto que Cklo Labella ha cogido prestadas algunas cosas de épocas pasadas para crear este mundo, sus personajes y sus andanzas, gran parte de sus influencias y referencias las podemos encontrar en otras obras de ficción tales como la narrativa orientalista y medievalista, cuentos, mitos, leyendas, películas, e incluso dibujos animados, y nada de lo que se describe en este libro está basado en sucesos ni personas reales.

Así pues, durante la lectura de Las Tres Pulseras, recomiendo que, simplemente, te dejes llevar por las aventuras aquí narradas sin pensar en ninguna clave académica.

Dicho lo anterior, solo me queda desear que disfrutes mucho de este libro, y que el mero hecho de sumergirte entre sus páginas se convierta en un increíble viaje lleno de diversión.

Hidalga Erenas

FEBRERO DE 2021

LAS TRES PULSERAS

Por CECILIO LABELLETA



ÍNDICE DE CAPÍTULOS PRIMERA PARTE

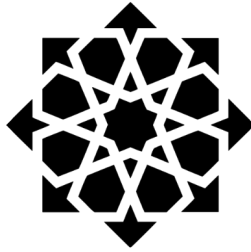
HACE MUCHAS LUNAS.....	II
UN GRAN BANQUETE.....	15
AL AMANECER.....	22
AL OTRO LADO DEL MURO.....	26
A LA MAÑANA SIGUIENTE.....	29



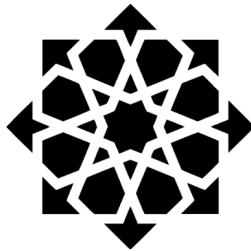
«Durante siglos,
reyes, curas, señores feudales, jefes y padres
han insistido en que la obediencia es una virtud
y la desobediencia un vicio.

(...)
En realidad,
la libertad y la capacidad de desobedecer
son inseparables».

ERICH FROMM
[SOBRE LA DESOBEDIENCIA Y OTROS ENSAYOS]



PRIMERA PARTE



❁ HACE MUCHAS LUNAS ❁

Hace muchas lunas, en las Tierras de Oriente, existía en el corazón del desierto de Rahaás un pequeño y próspero país conocido como El Sultanato Al Fahd. Todo viajero que recorriera aquellos parajes vería ante sí unas altas murallas que protegían en su seno miles de callejuelas formadas por casas pequeñas revestidas de alfombras y secretos. Y, en el centro de todo ello, un zoco palpitante.

Mil maravillas le esperaban en aquel lugar: bellas pero mortíferas cobras que podían hechizar al instante a quien osara mirarlas a los ojos; una adivina ciega que podía leer el futuro con solo acariciar la mano; un anciano mendigo que pedía limosna —y que Alá protegiera a quien no tuviera un generoso corazón! pues se contaba que era capaz de robar las almas de los egoístas y encerrarlas para siempre en su inseparable tinaja de barro—; y había una tendera muda de quien decía que sus frutas podían extasiar de tal modo, con su sabor, que un acaudalado rey ex-

tranjero había vendido todo cuanto poseía para poder plantar en su jardín el árbol que las maduraba.

Pero, ¡ah!, la fascinación del viajero llegaría a su máximo esplendor cuando alzase los ojos y descubriera ante sí el imponente y majestuoso palacio del sultán: custodiado por mil guardias y cien gruesos muros de mármol blanco, alzaba sus cúpulas doradas hacia el cielo. La leyenda contaba que eran tan altas que el mismísimo Astro Rey las había pintado acariciándolas con sus dedos de fuego.

Y tres impagables tesoros guardaba en su interior:

El primero, El Cetro, un bastón fabricado con el reflejo de los rayos del sol en las doradas arenas que rodeaban Al Fahd. Tal objeto era símbolo de imperecedera y suprema autoridad, y siempre que el soberano lo mostraba frente a su pueblo, todo él le rendía homenaje, jurando lealtad y obediencia eternas.

El segundo, Las Tres Pulseras, legendarias joyas de plata cuyo origen era incierto. Su don residía en iluminarse cuando su portador se hallaba en el buen camino para el cumplimiento de sus deseos. El brillo lunar destellaría en su muñeca cuando estuviera cerca de la persona

amada tanto tiempo buscada, del tesoro tanto tiempo ansiado, o del logro tanto tiempo codiciado.

Y el tercero y último, pero no por ello menos valioso, eran Aixa y Shanandali, las princesas de Al Fahd, conocidas como las rosas más bellas del desierto.

Las jóvenes jamás habían salido de palacio, pero sí los rumores de su hermosura y su don para el baile. Desde niñas habían vivido en la más honda comodidad: cincuenta doncellas se encargaban de su ajuar; las más finas sedas acariciaban sus cuerpos al dormir; y las más ricas joyas adornaban sus cuerpos durante el día.

Para su deleite, tenían para ellas solas un enorme jardín lleno de flores exóticas, pájaros fantásticos y fuentes cristalinas.

La princesa heredera, Aixa, era una joven de larga melena ondulada y negra como el azabache. En sus ojos se asentaba la noche a esperar su turno cuando era de día. Tan negros y brillantes eran.

A pesar de tener a sus pies todo cuanto podía desear, su bien máspreciado estaba en su muñeca derecha. Eran esas tres pulseras capaces de indicarle dónde hallar los exóticos parajes de

los que hablaban los libros de la gran biblioteca de palacio, esas criaturas imposibles y, por supuesto, ese galán que aparecía en sus sueños.

Nuestra princesa no deseaba nada más que encontrar todas esas cosas.

Durante las largas noches de invierno, Aixa fascinaba a su hermana con sus fantasías.

La joven Shanandali la escuchaba embelesada. Noche tras noche, antes de acostarse, Aixa señalaba el lejano horizonte a través del ventanal. Ahí, en esa delgada línea, un mundo nuevo las aguardaba. Y *él*, aquel desconocido que les mostraría amorosamente los secretos del mundo. Algún día...

Shanandali había oído aquello tantas veces como dunas hay en el desierto de Rahaás, pero no se cansaba. Agitaba sus largos y finos cabellos castaños y se asomaba a su vez a la ventana. Cerraba sus grandes ojos dorados y veía todas aquellas promesas en su mente.

En aquellos momentos, volaba más alto que ningún halcón.

Y sus deseos no iban a tardar en hacerse realidad.

Pero no como ellas creían...

❁ UN GRAN BANQUETE ❁

La primera noche de verano, un gran banquete tuvo lugar en palacio. ¡Se celebraba la llegada de la nueva estación! ¡Y, como cada año, El Sultanato de Al Fahd se vestía de gala para la ocasión!

La sala de fiestas se adornó con ricas alfombras, tapices, cortinajes de terciopelo y cojines de seda con bordados de oro. Platos enormes fueron paseados encima de pequeños elefantes ante los maravillados invitados. Los sirvientes no cesaban de escanciar brebajes de nombres impronunciables en lujosas copas de cristal. Y, en un estrado, varios músicos tocaban melodías más preciosas que cualquier aire.

¡Incluso la luna se asomaba por las vidrieras para presenciar el festín!

Ningún detalle había sido descuidado.

En aquella ocasión, Al Fahd recibía a las personalidades más ilustres de Oriente: militares, nobles, mercaderes y, por vez primera, representantes de Occidente.

—¡Tras tantos siglos de enfrentamientos con los extranjeros, y ahora comen y beben con nosotros! —comentaban algunos invitados entre susurros.

—Esos herejes... no profesan nuestra fe ni cumplen con las buenas conductas —apuntaban otros.

Las Tierras de Oriente y Occidente se habían teñido durante siglos y siglos con el carmesí de las guerras. Sus diferencias habían sido abismales: distintos dioses, distintos modos de entender la vida y la muerte, distintas costumbres dentro y fuera de sus hogares...

—Sí, pero Al Mansor, Califa de Josbath, se ha aliado con ellos... —respondía alguien entre cuchicheos—. Él es el único señor en Oriente cuyo país da al mar. ¡Es el más poderoso de todos nosotros! Y ha decidido permitir a esas gentes pescar y comerciar en sus costas y su puerto... a cambio de muchas riquezas.

Al Mansor era, en efecto, el más poderoso de los allí presentes, más incluso que K'alhaf, su anfitrión, el Sultán de Al Fahd.

Y allí estaba Al Mansor, junto a sus nuevos socios, alto, con recortada perilla entrecana y aviesos ojos negros. Llevaba con elegancia sus diez lustros y jamás perdía su carácter altivo y arrogante. No parecían importarle las críticas a

sus recientes tratos. Eso era miedo, se decía. Miedo y envidia, pues comerciar con sus antaño odiados vecinos lo enriquecería aún más. A él no le interesaban ni las culturas ni las religiones: su única fe era el poder.

Por su parte, la delegación occidental se dirigía a él con las maneras procedentes en tales circunstancias: copas en mano, espadas envainadas y conversación relajada. Ninguno de ellos habíase descalzado una vez en la sala, como era costumbre en Oriente, y tomaban bebidas alcohólicas, algo mal visto por las gentes de bien de aquellas tierras. Esos dos detalles atraían todavía más miradas y susurros. Aun así, no se respiraba en la fiesta una exacerbada hostilidad, y la música seguía, la comida abundaba y todos aguardaban el espectáculo estrella: ¡la danza de las hijas del sultán!

Entonces, las antorchas se apagaron.

Un tambor solitario empezó a latir.

Y, como surgidas del aroma del incienso, dos esbeltas siluetas empezaron a ondularse. Una a una, delicadas velas fueron encendiéndose alrededor de las bailarinas, insinuando largos y perfumados cabellos, transparentes velos rodeando unas caderas torneadas, el centelleo de finas joyas, ojos de serpiente tatuados en los vientres suaves.

Cuando el ritmo de la música se desbocó, dos llamaradas de fuego las envolvieron y ambas mujeres se mezclaron con los invitados entre contorsiones y piruetas, y todos se unieron a la danza.

—¡Realmente increíbles! ¡Tan perfectas e irreales como un espejismo!

—¡Una brisa de aire fresco en el desierto!

Fue entonces cuando hizo aparición un orgulloso sultán luciendo uno de sus imponentes turbantes y su preciado Cetro, que solo él podía tocar. Todos los presentes lo saludaron con profundas reverencias. Con una tirante mueca por toda bienvenida, tomó asiento en su trono.

Se trataba de un hombre tosco, con espesa barba blanca y ademanes bruscos. Su incipiente barriga delataba una vida acomodada y de excesos. A pesar de eso, sus anchas espaldas hablaban de una juventud ya marchita cuyas pasiones habían sido la caza y la guerra. Pasiones que no habían desaparecido del todo con el paso de los años.

Un sirviente se acercó, solícito, para ofrecerle una bandeja. El sultán echó una ojeada y, acto seguido, profirió:

—¡¿Cuántas veces he de decir que no me gustan los dátiles?!

Y apartó al criado con una patada que acertó de pleno en su estómago.

—¡Vaya! Había oído hablar de sus *refinadas* maneras...

Quien se había dirigido al sultán era, para sorpresa de este, el poderoso Califa Al Mansor.

El sultán se removió en su asiento.

—¿Acaso... critica mi trato para con mi sirviente?

—¡En absoluto! Me gusta que se los trate como se merecen. Que sepan lo que son. Lo aplaudo, K'alhaf.

El sultán dio un pequeño respingo: nadie lo llamaba por su nombre de pila. Pero el hombre que tenía ante sí podía permitírselo, por más que le molestase.

Al Mansor se inclinó hacia él y siseó:

—Tenemos que hablar de negocios.

—¿De qué se trata? ¿Alguna mercancía de mi sultanato que le interese?

—Sí... —Al Mansor cogió uno de los dátiles tan odiados por su interlocutor y lo mordió con placer—: su hija.

El sultán se quedó sin habla.

Pero no por preocuparse de sus hijas, al contrario: se sentía encantado. ¡Aquello podía engrandecer su sultanato!

—¿Cuál de ellas? —inquirió con mal disimulada satisfacción.

Su interlocutor se atusó la perilla. Una sola mirada al salón fue la respuesta. Su elegida era la mayor, Aixa, quien en aquellos instantes, y ajena a todo, charlaba animadamente con otros jóvenes príncipes.

—¿Cuál es el precio de su heredera? —preguntó Al Mansor.

El sultán titubeó.

—Mi heredera no es barata.

—¿Qué quiere usted por ella?

—Tiene usted unas tierras en la frontera, colindantes a las de Al Fahd que... se podrían anexionar... para que pasaran a formar parte de mi sultanato y...

—Su hija es muy valiosa —interrumpió Al Mansor—, pero no olvide que solo es una mujer —y soltó una sonora carcajada que atrajo la atención de algunos invitados.

Incómodo, K'alhaf hizo un gesto a Al Mansor y ambos se levantaron y pasaron a los aposentos privados del sultán para concluir el trato.

En la fiesta, sin embargo, nadie los echó en falta: el astrólogo de la corte —charlatán para unos, auténtico sabio para otros— se disponía a leer el porvenir para diversión de los presentes.

¿Y quién podía ignorar tal acontecimiento?

Solo alguien con toda una vida a sus espaldas y que ya no poseyera un porvenir. Y había una persona en palacio que se identificaba a la perfección con ello: Nadua, la esposa del sultán.

Con su rostro eternamente velado y su pequeña mirada triste, escuchó, en silencio y desde la estancia contigua, la conversación de su marido con el califa.

Apenada, aquella noche visitó a su hija Aixa mientras esta dormía tranquilamente.

No fue una mujer, sino la resignación más profunda, la que custodió a la joven hasta poco antes del alba.

❁ AL AMANECER ❁

Al amanecer, la joven Aixa despertó con el estruendo de algo que había caído al suelo.

Se disponía a ver qué había pasado cuando, sobresaltada, descubrió que no estaba en su dormitorio. Sin despertarla, alguien debía haberla llevado a otro lugar.

Sin saber cómo sentirse, si incrédula, asustada, o ambas cosas, se asomó por un ventanuco. ¡Se hallaba en un carruaje! Estaba estacionado despreocupadamente en el patio de la entrada a palacio, y ocho caballos blancos tiraban de él. Además, una larga hilera de pajes transportaba baúles hacia otros carruajes. Entonces, a uno de los criados se le cayó un arcón y este se abrió. Fue cuando Aixa descubrió que en su interior portaba ropas, joyas, adornos y libros... ¡suyos!

¡¿Qué estaba pasando?!

Quiso salir y vio, asustada ahora, que la portezuela estaba cerrada con llave. Forcejeó largo rato, pero no fue capaz de abrirla. Como última opción, se asomó por la ventanilla y llamó

a uno de los pajes. El aludido, un moreno alto y escuálido de mirada asustadiza, se acercó a regañadientes, como si atenderla pudiera ponerle en una situación comprometida. Aixa estudió su vestuario: su chaleco granate, el enorme turbante dorado y los bombachos esmeralda no tenían nada que ver con el uniforme de los sirvientes de su padre.

—¿Qué es lo que ocurre? ¡Te ordeno que me saques de aquí! —exclamó.

El hombre la miró, desconcertado.

—¿No me entiendes? —inquirió Aixa, extrañada—. ¿A quién sirves?

El esclavo meneó la cabeza.

—Princesa marchar —y señaló los caballos—. Lejos.

—¿De qué estás hablando? ¡Padre! ¡Shanandali! ¡Shanandali!

Cuando su hermana Shanandali oyó los gritos de Aixa, corrió hacia el patio, aún descalza y en camisón. La situación la dejó tan atónita como a su hermana.

De repente, entre todo aquel gentío y movimiento, apareció Al Mansor. Sonreía.

En ese momento, una extraña y terrible certeza surgió en el interior de Aixa. Como una explosión. Y la detonación la dejó lívida.

No sabía cómo lo sabía. ¡Pero lo sabía!

Su padre...

Su padre la había casado con ese hombre.

Lo recordaba vagamente...

¡El Califa de Josbath!

—Querida, espero que estés cómoda en tu carruaje. Como verás, he intentado no perturbar tu sueño —dijo con ironía.

Se acercó a ella y extendió una mano acariciadora.

—¡Apártate! ¡Y no me llames *querida*! ¡Yo no soy tu esposa!

Al Mansor hizo un mohín, socarrón.

—Cierto: no eres mi esposa... *todavía*. Ya habrá tiempo de carantoñas en nuestra alcoba.

—¡Yo no voy a estar contigo en ninguna alcoba! ¡Yo...!

El hombre la interrumpió acercándose bruscamente a ella: no más de un dedo de distancia separaba los labios temblorosos de la muchacha de la gélida sonrisa de él.

—¿No te gustan las alcobas, querida? ¿Acaso preferirías dormir en una celda?

Por respuesta, Aixa le escupió en el rostro.

Un puñetazo hizo temblar todo el carruaje.

Shanandali gritó asustada.

Aixa, sin aliento, se apartó de Al Mansor y de su potente puño, aún en alto.

Tras limpiarse la cara, el califa se giró sobre sus talones y se dirigió a su séquito:

—¡Vámonos! ¡Vuestra futura señora está impaciente por partir!

Y, esbozando una última sonrisa sardónica, se encaminó hacia su propio carruaje.

Los caballos relincharon y se pusieron en marcha en el acto.

Aixa empezó a ver cómo se empequeñecía su casa, sus jardines, su hermana. Esta última, sin embargo, parecía resistirse a desaparecer. Inició una desesperada carrera tras la comitiva.

—¡No temas! ¡Aclararé todo esto!

Una punzada de dolor atravesó el corazón de Aixa: no, la pequeña Shanandali no aclararía nada. Su padre había tomado una decisión irrevocable. Como todas las decisiones que tomaba.

Viendo que la velocidad de los caballos aumentaba, deslizó sus preciadas tres pulseras fuera de su muñeca y se las lanzó a su hermana.

—¡A ti aún te pueden servir! —exclamó, conteniendo las lágrimas.

Al fin, la distancia, como un monstruo voraz, se tragó su hogar, su hermana, sus pulseras y, por último, Al Fahd.

❁ AL OTRO LADO DEL MURO ❁

Como un torbellino, Shanandali irrumpió en las dependencias del sultán, quien se disponía a desayunar.

—¡Monstruo! ¡Haz que vuelva Aixa!

El soberano no quiso malgastar palabras. Un solo gesto hizo que los soldados cogieran a la chica. Mientras esta era apartada de su presencia, se arrellanó en los cojines de seda.

—¡Esclavo, tráeme más té! —y comentó para sí—: A ver cuándo llegan los cargamentos de pescado de Josbath para poder acompañar mis desayunos con algo de marisco...

Y la noche cayó negra.

La luna se había ocultado para no ser cómplice de cierto plan que, fruto de la desesperación, había surgido en la cabeza de Shanandali: rescatar por su cuenta a su hermana Aixa.

Su sombra furtiva se deslizó por el jardín hasta llegar a los muros que encerraban el palacio. Se confundía con la vegetación y serpenteaba entre las numerosas fuentes. Una estatua de

pedra parecía seguirla con sus ojos inexpresivos. El fuego de las últimas antorchas dormitaba ya, arropado entre las cenizas.

Vestida con una sencilla túnica y el rostro cubierto por un chal viejo, se detuvo ante el muro, estudiando las posibilidades para franquearlo. Podía trepar por una de las palmeras que lo bordeaban. No parecía difícil: había visto hacerlo a los jardineros cientos de veces.

Decidida, se acercó al árbol.

Debía moverse rápido, pues el tiempo de descanso de los guardias expiraría de un momento a otro.

La empresa no fue tan fácil como esperaba: resbaló por el tronco tantas veces que temió ser descubierta. Pero, al fin, hincó la rodilla en lo alto de la pared y se asomó al otro lado. Un escalofrío recorrió su espalda. ¡Jamás había cruzado ese muro! Hasta entonces, todo su universo había sido el gran palacio. Echó una última mirada al mismo.

Y fue cuando la vio.

Una figura desdibujada al amparo de la noche, que la miraba fijamente desde el jardín. ¿Un soldado? ¡No! La Luna decidió asomarse al mundo desde su santuario celestial e iluminó a su madre, esa mujer silenciosa, obediente, siempre con el rostro cubierto y la voz susurrante.

La joven se quedó por un instante helada.

¿Cuánto tiempo llevaba espiándola?

¿Le impediría huir?

La sultana se llevó una mano al interior de su vestido.

—No intentes detenerme, por favor...

—murmuró para sí la chica.

¡Cuál fue su sorpresa al ver que su madre sacaba una bolsita y se la arrojaba con insólita energía!

Acto seguido, la mujer desapareció en silencio, como siempre había hecho.

Shanandali miró el interior de la bolsita: en ella brillaban unas cuantas monedas de oro.

La joven no esperó más: cerrando los ojos, se dejó caer al otro lado del muro.

Al rato, se dio cuenta de que había saltado mucho tiempo después de que los guardias hubieran *debido* estar de nuevo en sus puestos.

❁ A LA MAÑANA SIGUIENTE ❁

A la mañana siguiente, el zoco recibió a Shanandali con su acostumbrado bullicio. Los colores, los olores... nunca antes la joven había percibido tantos.

El aire ofrecía un intenso aroma a especias e inciensos. Los puestos de ropa olían a tela vieja y a polvo. El suelo de tierra desprendía un particular hedor, como de piedras quemadas y estiércol. ¡Y las personas! Todas ellas apestabán como aquel horrible queso verde que un amigo de su padre había traído de un lugar remoto de nombre impronunciable.

Horrorizada, la chica se tapó la nariz con dos dedos a través del velo que cubría su rostro, y que ya empezaba a picarle. Comenzó a echar de menos sus habituales trajes, finos y ligeros. También la consternaron los rudos movimientos de los transeúntes. Hombres y mujeres se rozaban o empujaban sin tan siquiera mirarse.

Uno de los tenderos la cogió del brazo, ofreciéndole anillos y pendientes. La princesa se alejó de un brinco. ¡Jamás un hombre la había *tocado* de aquel modo!

Presurosa y sin saber qué hacer, se quedó de piedra cuando vio cómo un faquir huesudo y mugriento introducía un sable en su fino cuello. Los curiosos que lo observaban vitorearon ¡como si fuera una hazaña divertida!

Unos pasos más allá, un hombre sentado entre cientos de dentaduras postizas blandía unas oxidadas herramientas. «Se hacen arreglos dentales», rezaba un cartel a sus pies.

Estremecida, Shanandali se tapó la boca.

Entre puestos de alfombras, un enano tocaba animadamente una flauta de caña. ¡El asombro de la joven fue inmenso al comprobar que el supuesto enano era un mono amaestrado!

—Pst, pst...

Shanandali se volvió hacia aquel ruido. Entrecerró los ojos y, en un rincón en sombras, distinguió la figura de un anciano que le dedicaba una desdentada sonrisa.

—Te veo muy sola, niñita. ¿Estás perdida? —le preguntó el viejo con voz rasposa y sin dejar de sonreír.

Shanandali se acercó a él, titubeante.

—Señor, yo... he de emprender un viaje. ¿Cuál es la mejor... la mejor forma de hacerlo?

El anciano señaló unos corceles atados a un poste justo enfrente de ambos, a unos pasos de distancia.

—Esos caballos son míos, niñita. Por un módico precio, puedo venderte uno.

Shanandali se apresuró a hundir la mano en la bolsita de las monedas y sacó un puñado.

—¿Es suficiente, señor?

—Hmm... —el viejo cogió las monedas y las hizo desaparecer en su túnica—. Son caballos muy buenos, niñita. Valen unas cuantas monedas más.

La joven tendió otro puñado, sin contarlas.

—Soy padre, niñita. Padre de chiquillas como tú. Y debo alimentarlas... Necesito unas pocas monedas más.

La operación se repitió hasta que la ingenua princesa se quedó sin dinero. Entonces, el anciano le dio permiso para que se escogiera el animal que más le gustara, asegurándole que todos eran muy dóciles.

Shanandali montó uno y, pugnando por mantener el equilibrio sobre el lomo del corcel, salió al trote.

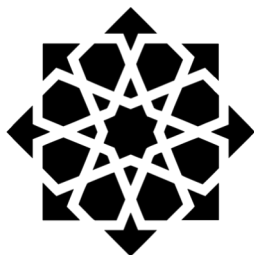
Fue entonces cuando otro hombre se acercó a los animales y, de repente, gritó furioso:

—¡Me han robado! ¡Me han robado un caballo! ¡Me han robado!

Cuando la muchedumbre se arremolinó a su alrededor, unos para ayudar, otros para curiosear, el viejo estafador ya había desaparecido con su botín del día.



**FIN DE LOS
CAPÍTULOS
DE NUESTRA**



* * * * *

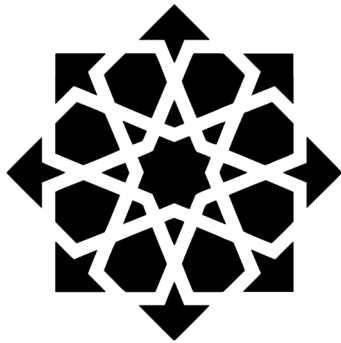
Apreciado lector o lectora, si te gusta lo que has leído, puedes adquirir directamente este libro en Amazon, tanto en físico como digital.

* * * * *

— OTRAS OBRAS —

Aparte de Las Tres Pulseras, Cklo Labella (en colaboración con Hidalga Erenas) también tiene en su haber RegNigrorvM || Libro I: Exordio — La Bruja en busca del Cazademonios, una novela de fantasía oscura medieval, idónea para fans de la espada y brujería, ambientada en la península ibérica del siglo XV.

Pero hemos de advertir que, a diferencia de Las Tres Pulseras, no es una novela juvenil, pues incluye violencia explícita, lenguaje soez e incluso alguna escena de sexo explícito.



Biografía

A Cklo Labella le interesan la simbología y la psicología, el folclore y los mitos. Explorar esos esquemas ocultos que, cree, rigen el Universo.

Ha sido mimo, partenaire de mago y cómplice de asesinos en serie... ¡C'est la Vie de Bohème!

Estudió pintura con profesores ciegos. Y ahora sufre una acusada coreomanía que le descubre, día a día, que La Vida no es nada de lo que venden como tal.

Se ha dedicado a lo primero; sigue en lo segundo.

Con Attannur retoma su etapa como narradora.

En la actualidad, Cklo Labella tiene otra obra en su haber (escrita a medias con Hidalga Erenas):

[RegNigrorvM || Libro I: Exordio — La Bruja en busca del Cazademonios](#), el principio de una saga de fantasía oscura medieval llena de acción, protagonizada por Lithbel, una bruja corrompida por su magia, y Amadís, un cazademonios que usa armas de fuego avanzadas a su tiempo.

***Nota:** a diferencia de Las Tres Pulseras, la saga de RegNigrorvM está enfocada a un público más adulto, debido al contenido puntual de lenguaje soez, además de violencia y sexo explícitos.*

ALLAHNUR